



CAPÍTULO II

El hombre en sus relaciones con Dios.

719. Sea cual fuere el concepto que cada uno se forme de la esencia de la Divinidad, todos están conformes en designar con la palabra "religión", la relación de respeto y sumisión del hombre respecto de Dios¹. Puede suceder que el salvaje apenas sepa nada de religión; pero cuando el papúa se inclina ante su karwar y, con las manos en la frente, se pregunta si lo que tiene en su presencia es bueno ó malo, esto es para él la religión. Cuando el publicano estaba á los pies del templo, sin atreverse á levantar los ojos del suelo, y dándose golpes de pecho, decía: "Señor, tened piedad de mí,, esto era para él la religión. Cuando el joven brahmán ponía al salir el sol un trozo de madera en el fuego del altar, y decía con las palabras de la antigua oración: "Ilumina mi espíritu,, todo esto es religión. Reconocemos que estos ejemplos, citados por MAXIMILIANO MÜLLER, recuerdan el verdadero sentido de la palabra religión; pero cuando este sabio intenta hallar la religión en un filósofo moderno que, después de haber declarado que Dios es cosa anticuada, "desciende ante una reflexión que le halaga, y consagra todas sus fuerzas al servicio del hombre,, ó cuando cree por su palabra á SCHILLER, quien afirma que "por respeto á la religión,, no profesa religión ninguna, sin duda alguna violenta la significación ordinaria de este vocablo.

Desde que ha habido hombres, la religión ha sido tenida en grande aprecio. Ya en los más remotos tiempos hace notar el poe-

¹ «La palabra *religio* (derivada de *relegere*, considerar, mirar con atención, ó de *religare*, atar dentro en ciertos límites) significa fijeza en la conciencia, respeto, temor respetuoso. Al principio no estaba limitada la significación de esta palabra al respeto que se tiene á Dios, pero bien pronto se fijó en este sentido su significación» (MAX. MÜLLER, *Vorles. ueber die Ursprung und Entst. der Religion*, Strassburg, 1881. S. 15.)

ta HESÍODO que la decadencia del respeto á Dios coincidía con la de las virtudes y del bienestar social. Y PLATÓN dice, con mucha belleza, que la vida ordenada del Estado sólo puede subsistir cuando se funda en cimientos religiosos. "Dios, dice el pensador griego, conduce todas las cosas á su fin; al mismo tiempo tiene aquí su fin propio la justicia, que obliga á expiar á los que se apartan de las divinas leyes. Quien quiera vivir vida dichosa, téngase firme en sus preceptos y siga el orden que ellas le marcan. Pero si, por el contrario, alguno con ciega vanidad se deja llevar del orgullo, como si no necesitara de superior que le guiara, y se cree capaz de dirigir á los demás, éste, abandonado de Dios, se aparta de la justicia, y juntándose con otros tan vanos como él, gesticula, confunde todas las cosas, y con audacia se muestra á los demás como hombre de importancia. Pero no tardan mucho en dar en la ruina él y su casa y su ciudad. Es, pues, manifiesto á pocos, que cada uno debe seguir la dirección que le marca la divinidad. Por lo cual deben los ciudadanos estar convencidos de que los poderes del cielo son los señores y directores de todo cuanto existe,¹. El hombre que declara abiertamente que no profesa ninguna religión, debe ya haber descendido á una profundidad extraordinaria de degradación. "Tanto menos dispuestos estamos — dice D. F. STRAUSS — á renunciar á la religión, cuanto más acostumbrados estemos á considerarla como una prerrogativa de la naturaleza humana, como su principal título de nobleza. En todo caso es cierto que el animal, con no estar dotado de razón, carece de esta consideración. Los pueblos que ofrecen alguna duda al viajero respecto de si han tenido alguna religión, son siempre en todos sentidos los más miserables y los más semejantes á las bestias. Además, la Historia atestigua que el desarrollo de las religiones va siempre estrechamente unido con la civilización de los pueblos,².

Por esta razón el paganismo moderno, así como el ateísmo claramente manifiesto, portador de la cultura moderna, pretende ser religioso, enteramente religioso; así no cesa de hablar de religión. Pero aun el más ciego advierte que la religión de estos modernos aborrecedores de la religión es cosa muy diferente de la religión, en el tradicional sentido de esta palabra. Siempre se ha entendido por religión una disposición de la voluntad fundada en conocimiento cierto y seguro, por donde el hombre se tiene y confiesa en cierto modo obligatorio como dependiente de Dios, su Criador. Con este concepto de religión es cosa evidente que no puede dar-

¹ *Deleg.*, lib. III, 716, y lib. X, 903.

² *Der alte und der neue Glaube*, 9 Aufl., p. 62.

se aquella moral libre, aquella indiferencia respecto de la verdad, que son como el carácter de la vida moderna. Por lo cual, para no tenerse por irreligioso, se ha quitado su sentido usual á la palabra religión, considerándola como hecho psicológico, que consiste en cierto sentimiento de sumisión á algo divino ó meramente superior á los sentidos; y, con fabuloso aparato de sagacidad, se ha querido buscar otra raíz al desarrollo libre del conocimiento de un Dios personal y suprasensible.

En el fondo no viene á ser esto otra cosa sino el procedimiento epicúreo que deriva la religión del miedo, y, por tanto, de falta de conocimiento, bien que aquí se reemplaza una obscuridad con otra igual. "El teísmo, dice SCHOPENHAUER, no es engendrado del conocimiento, sino de la voluntad; si fuera meramente especulativo, las razones no serían tan insubsistentes. La necesidad trae á los hombres temores constantes y esperanzas, y de aquí que convierta las hipótesis en seres personales á quienes pueda hacer oración. En el principio los dioses son muchos, pero después, por la necesidad de poner en el conocimiento ilación, orden y unidad, se reducen á uno. Lo esencial es la tendencia del hombre oprimido de la necesidad á humillarse é invocar auxilio. Para que su corazón goce de la felicidad de la oración y del consuelo de la esperanza, el entendimiento debe hacerle un Dios; pero no al contrario, es decir, no hace oración el hombre, porque su entendimiento deduzca lógicamente la existencia de Dios. En el mismo sentido había sostenido HUME que no es el impulso desinteresado al saber y á la verdad, sino el miedo, tendencia muy interesada respecto del propio bienestar, lo que habría inducido primeramente á los hombres á la religión; en lo cual le da STRAUSS por completo la razón. ¡Un Pablo Apóstol, los innumerables mártires de la fe cristiana, un San Vicente de Paúl, las hijas de la Caridad, y en suma, todos aquellos que en todas las esferas son reconocidos por personas extraordinariamente religiosas, habrían sido, según esto, personas extraordinariamente cobardes, dominadas de un impulso extraordinariamente egoísta!

¿No habrá, empero, de haber en este, como en todo error, algún átomo de verdad? Le hay en efecto, aunque homeopático. Si el orden ó relación á Dios es aquello para lo que ha sido criado el hombre, síguese, naturalmente, que no sólo con el conocimiento, sino también con sus deseos, con sus temores, con sus esperanzas, con todo su corazón se consagre y someta á Él. Cierto, en las palabras que pone HOMERO en boca de PISISTRATO πᾶσι δὲ θεῶν χάριτος ἀδύνατον, todos los hombres se inclinan á lo divino, ó lo que puede decirse mejor etimológica y psicológicamente, como la avecilla hambrienta abre su pico, así se mueven los hombres á lo divino (MAX. MÜ-

LLER); en esas palabras, decimos, hay oculto un sentido verdadero y profundo. Fácil es, asimismo, comprender que esta natural disposición del hombre respecto de Dios se muestra sensiblemente en aquellos momentos en que lo inaccesible alimenta alegrías sensibles, ó en los que el hombre se lastima al tropezar en la dura realidad, ó cuando se contempla débil, desvalido ante el poder de la naturaleza; pero de aquí no se inferirá jamás que la religión deba su origen á sentimientos ciegos é ininteligibles, ó que sea posible una religión que no presuponga el conocimiento de la realidad, la ciencia de la verdad.

Siendo nuestro intento mantener el recto concepto de religión, ó sea la relación del hombre con Dios, tal como resulta de nuestras reflexiones anteriores, contra todas las objeciones y opiniones modernas, debemos, ante todo, hacer una excursión alrededor de los varios grupos en que éstos se dividen, por más que sólo nos detengamos en aquellos que, en la horrible confusión con que fluctúan y se barajan, tienen más bulto é importancia.

§ I.

Religión del moderno realismo.

220. La concepción positivista, base hoy la más amplia de la cultura moderna, merece que comencemos por ella y le dediquemos mayor estudio. No reconociendo existencia y valor real sino á lo que cae debajo de los sentidos, ó tiene carácter histórico ó físico, esa concepción parte del hecho siguiente: que el sentimiento religioso, cierto impulso indefinido, producto de la imaginación, se da en el hombre. "Tenemos, dice SPENCER una propiedad que ha ejercido un influjo prodigioso, y que actualmente es el alma de la actividad humana en muchos sentidos, y será siempre ocasión de cuestiones perpetuas y el móvil de innumerables acciones. Toda "ciencia real, que no atienda á esta propiedad, no puede menos de ser en alto grado defectuosa." Este es el punto de vista desde el cual promueven y recomiendan los positivistas el estudio diligente de la religión; mas como sólo ven en ella una costumbre que nace del ejercicio, dirigen principalmente sus estudios á la "historia de la religión", para mostrar cómo se ha establecido esta costumbre entre todos los hombres.

Dos obras inglesas, que bajo el punto de vista religioso han obtenido muchos aplausos en el mundo culto, pueden servirnos

1 Principios de Filosofía. Edición alemana. Stuttgart, 1875, pág. 15.

como de representantes de las dos principales tendencias. Nos referimos a la relación hecha por el conocido investigador JUAN TYNDALL ante la Asociación Británica en Belfast; y los tres olvidados ensayos "sobre religión", del célebre JUAN STUART MILL. TYNDALL ha tomado sus puntos de vista, en la parte principal, de HERBERT SPENCER, y representa una tendencia más bien teórico-esceptica, mientras que MILL sigue una dirección práctico-humanitaria.

El que lea la relación de TYNDALL, verá que está formada de ideas de SPENCER y de J. A. LANGE, pero que en ella se refleja nuestra época, que expresa sus ideas favoritas por boca de TYNDALL.

F. A. LANGE fué muy sensible á la noticia que TYNDALL le comunicó: "Con Tyndall, escribe, se ha anunciado oficialmente en Inglaterra un nuevo período. La antigua paz entre las ciencias naturales y la Teología, ya conmovida por Huxley y recientemente por Darwin, se ha roto por completo; y los investigadores de la naturaleza aspiran al derecho de sacar en todos los terrenos las consecuencias de sus observaciones á despecho de cualesquiera tradiciones eclesiásticas. La subsistencia de la religión está garantida, gracias al auxilio de la filosofía de Spencer, pero será indiferente que el sentimiento religioso se manifieste en unos ó en otros dogmas, en determinadas creencias ó en otras contrarias. De aquí se seguirá, como ya ha sucedido en Alemania, una lucha que sólo podrá terminar con la *exaltación de la religión en el terreno ideal* (vano sueño)".

TYNDALL está en las alturas de la moderna investigación natural, y defiende la validez de la explicación materialista y mecánica del mundo en todos los terrenos adonde puede alcanzar nuestra ciencia. Pero después hace notar en el espíritu de la Filosofía experimental, que esta explicación tiene sus límites, en cuanto que bajo el campo de los hechos que pueden ser conocidos hay otro mundo de hechos que no podemos conocer. En lo desconocido anhela por la única esencia de los panteístas. "Creemos que todo cuanto vemos en torno de nosotros, y todo cuanto percibimos en nosotros, así los fenómenos de la vida física, como los del espíritu humano, tiene su raíz inaccesible en una vida cósmica, de la cual, séame lícito decirlo, sólo una parte infinitamente pequeña está al alcance de la investigación humana. Y aun de esta parte sólo muy poco podemos conocer. Podemos seguir la huella del desarrollo de un sistema nervioso y poner en relación con él

* *Gesch. d. Met.*, II, Bd. Vorw.

los fenómenos paralelos de la sensibilidad y del pensamiento, los cuales vemos con indudable seguridad que se dan la mano; pero se hunde el suelo bajo nuestros pies cuando tratamos de entender la conexión que media entre los unos y los otros. Esta es la roca donde inevitablemente se estrella el materialismo siempre que se alza con la pretensión de ser una Filosofía completa de la vida..

Según el punto de vista de TYNDALL, el hombre debe tener religión, porque siente *la necesidad de pasar por encima del dominio fugaz de su conocimiento, y poetizando, "filosofando", llegar á engolfarse en el dominio de lo misterioso*; sus potencias cognitivas deben completarse con sus potencias creadoras, para satisfacer la necesidad de religión que siente en su ánimo. A esta potencia creadora corresponde el figurarse los misterios de modo tal que haya unidad entre el pensamiento y la fe, respecto de la cual siempre se ha de presuponer que no puede haber cosa fija, y que cada uno debe tener libertad en lo porvenir para amoldar sus ideas religiosas según las exigencias de la propia conciencia. Según esto, el mismo derecho de existir tiene la religión que la ciencia, pero nada tiene que ver con la realidad, con la verdad, con lo que puede ser conocido.

Muy brillantes han sido los aplausos y alabanzas que han procurado á TYNDALL el modo y las razones con que ha intentado establecer los más altos principios de la religión, de la cual lo mismo puede gloriarse, según él, el más miserable incrédulo, que el cristiano más fervoroso. Oigámosle brevemente:

"El hombre es un producto de la acción inmutadora del organismo y de las cosas que le rodean, la cual se realiza en un espacio de tiempo infinito. El entendimiento humano, por ejemplo, es un resultado de esta acción. Se le debe seguir, pues no hay caso alguno en que el derecho de prescripción sea absolutamente definitivo. Pero fuera del entendimiento y superior á él hay muchas otras propiedades, cuyo derecho, fundado en la prescripción, es tan fuerte como el derecho del entendimiento. Así ha resultado del juego del organismo y de las cosas que le rodean, que el azúcar sea dulce para el hombre y amargo el áloe, que perciba de un modo diferente el olor del beleño del de la rosa. Asimismo podemos citar aquí el amor sexual. Este derecho debemos considerarlo, por lo menos, como tan antiguo y valdadero como el del entendimiento. Hay, además, cosas enlazadas con el organismo humano, como son el sentimiento del honor, la admiración, el amor á las bellezas naturales. Este sentimiento está tan profundamente arraigado, que se ha encarnado en las religiones del mundo desde los primeros crepúsculos de la historia. Tú, que desde las esferas de estas religiones has volado á la elevada, brillan-

te y serena región de la razón, podrás burlarte de él, pero cuando te rías, tu risa recaerá sobre formas accesorias, pero percibirás los principios inmovibles del sentimiento en la vida afectiva del alma humana. *El problema de los problemas de nuestro tiempo consiste en ver cómo se ha de dar una satisfacción racional á este sentimiento.* Las religiones son formas de un impulso que decae cuando vaga por las regiones de la ciencia, en las cuales no ejerce soberanía ninguna; pero en su esfera, en la esfera del sentimiento, puede producir nobles efectos en cuanto se deja llevar de un modo de pensar liberal. Siempre que los sistemas religiosos se rozan con la ciencia, como ante todo en la Cosmogonía, deben ser comprobados por ella. Así como los organismos sólo pueden conservarse por la conveniencia con las cosas que los rodean, así un sistema religioso sólo puede conservarse cuando corresponde á las exigencias de la ciencia, cuando depona su rigidez y deja en el olvido cosas que tenía por esenciales, y puede asimilarse otras que tenía por desechadas.

La suma afirmación de TYNDALL, según la cual el sentimiento, la sensación del gusto en las cosas dulces ó amargas, los ciegos movimientos de las pasiones y los sentimientos se han de explicar por "derechos fundados en la prescripción", esta afirmación examina los que se inclinan respetuosamente ante cada palabra que sale de su boca. Nosotros sólo notaremos aquí que, según TYNDALL, la religión no es otra cosa sino un sentimiento existente en el hombre, sentimiento que busca su satisfacción, como la busca el olfato, el gusto, etc.

221. ¿Pero qué sentimiento es este, y en qué cosas busca satisfacción? En este punto nos da HERBERTO SPENCER, fiador de TYNDALL, la respuesta más concluyente. Esta lumbrera de la ilustración moderna nos dice, con toda claridad y precisión, que el sentimiento religioso existente en el hombre debe buscar su satisfacción en el culto del *escepticismo*, es decir, en el propio convencimiento de la ignorancia total; que esta satisfacción necesita un conocimiento, pero que este conocimiento ha de ser el de no conocer cosa alguna! Declaramos sinceramente que semejante delirio es propalado y admirado, no en broma, sino con toda gravedad, en nuestros tiempos que tanto se glorían por su profunda ciencia.

La filosofía de la religión de SPENCER forma el arsenal de muchos sabios de primera fila que dirigen sus baterías contra el Cristianismo. No será, pues, desagradable para el lector, que inspeccionemos con alguna detención, aunque sea con trabajo, estas terribles armas.

Con el fin de hallar la esencia propia, el fundamento de la verdadera Religión, compara este célebre autor todas las religiones

entre sí y observa qué es lo que queda después de separar las cosas antitéticas de ellas. El elemento que busca, debe ser algo abstracto, cierta doctrina religiosa, algo que esté expresado en todas las religiones, desde la más crasa superstición hasta el más delicado criticismo; algo muy vago, pues vemos que la expresión de él ha sido infeliz por muy diferentes maneras.

"Toda religión tiene en su principio —enseña SPENCER— la conciencia del enigma del universo. ¿Qué es esto y de dónde procede? Cuestiones son estas cuya solución interesa tanto al hombre primitivo como á sus descendientes civilizados.,. El célebre sabio examina luego las "tres hipótesis corrientes.,: el ateísmo, el teísmo y el panteísmo, todas las cuales le parecen igualmente absurdas. De buen grado expondríamos extensamente los argumentos espeluznantes que este hombre tan celebrado aduce para rechazar el teísmo, pues difícilmente se concibe apología más brillante del teísmo en nuestros días que la que podría hacerse citando lo que á nuestros actuales genios se les ocurre decir contra él; pero no queremos ser difusos, y por otra parte ya han sido notados y admirados en otro lugar (núm. 662) los puntos esenciales. Sólo recordaremos que acerca del valor científico del teísmo, toda la obra de SPENCER carece de fundamento necesario. Ningún enigma —afirma SPENCER— tiene solución; los hilos que sirven de guía á la razón y la conducen á las causas primeras, á lo infinito, se pierden en inextricable contradicción. ¿Dónde está, pues, el concepto fundamental de la religión? "Tanto en el rudo fetichismo que bajo cada fenómeno presupone una personalidad, como en el politeísmo que en parte generaliza esta personalidad, ó en el monoteísmo que la unifica completamente, ó en el panteísmo que hace al único ser una cosa con el fenómeno; en todas partes hallamos una hipótesis que debe hacernos inteligible el universo. Aun el ateísmo cae bajo el dominio de esta definición, pues trata de deshacer todos los enigmas, señalando como únicas causas del mundo al espacio, á la materia y al movimiento. Toda teoría sostiene implícitamente dos cosas: la primera, que todo lo que sucede necesita de explicación; la segunda, que esta explicación es ésta ó aquella. En medio de todas las diferencias respecto á ambos puntos, todos están conformes en que este es un problema que necesita solución. Las religiones más opuestas entre sí coinciden en afirmar que la existencia del mundo es un arcano que debe ser explicado. Así se nos muestra, finalmente, lo que buscamos. Aquí tenemos el concepto fundamental que hiere de muerte á todas las religiones, y que en abstracto se eleva aun sobre las más abstractas doctrinas religiosas.,. "La presencia en todas partes de algo que excede al conocimiento, es lo impalpable, lo que queda.,. Si la religión

y la ciencia han de reconciliarse, fundamento de la reconciliación debe ser este hecho, el más profundo, universal y cierto de todos: que la esencia del poder que se manifiesta en el universo es absolutamente *inaccesible* al conocimiento...

El cristiano que sabe el catecismo, repite tan frecuentemente, por lo menos, como SPENCER en este lugar la conocida verdad, que Dios es inaccesible é inexplorable á nuestro entendimiento. Aunque Dios nos es conocido,—se enseña en los manuales de doctrina cristiana— como es infinitamente perfecto, no puede ser *comprendido* por nosotros ni por ninguna criatura finita; pues sólo puede decirse que comprendemos una cosa cuando el conocimiento que de ella tenemos es igual á la capacidad de ser conocida la misma cosa, esto es, cuando abarcamos todo lo que hay en ella y la conocemos con aquella claridad y certeza que le es propia. Comprendemos un teorema de matemáticas, cuando conocemos todos sus corolarios y las razones en que se funda, y conocemos todo esto, no de cualquier modo, sino con aquella claridad y certeza que es propia de la tésis. Comprenderíamos, pues, á Dios, si penetráramos todas sus perfecciones y juntamente con ellas conociéramos todas las verdades contenidas y escondidas en ellas, y esto con aquella claridad con que dichas perfecciones pueden ser conocidas de suyo; es decir, si nuestra comprensión (subjetiva) fuese igual absolutamente á la cognoscibilidad de la esencia divina. Pero como esta esencia es infinita, su cognoscibilidad es también infinita, y, por consiguiente, incomprendible á nuestro entendimiento y á todo entendimiento finito¹.

Por el contrario, lo que SPENCER sostiene es una absoluta *incognoscibilidad*, lo cual debemos nosotros rechazar por las muchas razones aducidas ya en el transcurso de esta obra. Hemos demostrado cumplidamente que Dios nos es conocido mediante la luz de la razón natural, por la consideración de las criaturas del mundo y de nuestra propia esencia, como un Ser necesario que existe por sí mismo, distinto del mundo, que es mutable; como sabio Criador y Rector de todas las cosas, cada una de las cuales obra según cierto orden conforme con su fin; como Sumo Ser á quien debemos amor y obediencia cumpliendo nuestro propio fin. De este conocimiento de Dios el entendimiento puede partir y llegar á conocer con entera certeza otras cosas acerca de la esencia y actividad divinas. Aquellos que investigan la naturaleza y, cargados con gran balumba de ciencia, no quieren saber nada de Dios, Autor de ella, tienen en su propia conciencia la condenación

¹ S. THOM., *Summ. theol.*, I, q. 12, a. 7.—WILMERS, *Handbuch der Religion*. Ratisbona, 1875, pág. 171.

de su locura. "Si ellos vienen con esa mira para investigar el mundo, ¿cómo no han encontrado aún más fácilmente al Señor del mundo?"¹.

Por el contrario, SPENCER pone la absoluta incognoscibilidad de Dios como objeto del afecto religioso. Confesar esta incognoscibilidad es religiosidad, y lo contrario irreligiosidad y arrogancia antropomorristica, aunque se cubra con el nombre de religiosidad. Querer saber algo de los primeros principios de las cosas es ser impío. "Muchos libros podrían escribirse sobre la impiedad de los que temen á Dios."

Como nuestra absoluta y general ignorancia debe ser el fundamento de la reconciliación entre la religión y la ciencia, este filósofo tenaz se hace fuerte en la prueba de que el ser que se nos manifiesta en el universo, es también inaccesible á la ciencia. Nos dice extensamente que los conceptos de espacio, de tiempo, de materia, de movimiento, de fuerza, de conciencia, de personalidad, se han fijado esencialmente con contradicciones. Sin piedad arranca de raíz toda tendencia científica, mostrando que la incapacidad para conocer alguna cosa está en la esencia misma de la facultad de conocer del hombre.

SPENCER conoció que no pueden esperarse grandes resultados de su escueta apoteosis de la ignorancia. "La gran mayoría—dice—rechazará con mas ó menos decisión una fe que se les muestra entre sombras é indeterminada." Sin embargo, trae á cuento muchas cosas para decir que el ejercicio de esta religión, á saber, del escepticismo, sirve "para que los hombres no suban en lo relativo y diario." Y aun quiere que respetemos todas las diferentes formas de religión, porque en ellas están encarnados aquellos dudosos signos de la cuestión. Esta es la última razón de la moderna *tolerancia* (indiferencia). Debemos ser tolerantes—enseña SPENCER—primero, porque en todas las formas de religión, aun en las más degeneradas, está contenida aquella verdad fundamental de nuestra absoluta ignorancia; en segundo lugar, porque todas las formas de religión, aunque son absolutamente falsas, sin embargo, habida consideración á las diferentes clases de hombres, pueden ser buenas relativamente; sin esta forma no obraría el escepticismo que hay en ellas; "podemos llamarla cubierta protectora, sin la cual se perdería el tallo que hay en el centro," en tercer lugar, porque las varias creencias religiosas son fenómenos de la naturaleza, que acompañan necesariamente á la vida humana, cada una de ellas proporcionada al círculo en que ha surgido. Pero pronto teme haber mostrado excesiva indulgencia. "Así como por

¹ Sap. XI, 1-9.

una parte se debe exigir que gocen de libertad el pensamiento conservador y la acción, así por otra debe ser concedida esta libertad al pensar y obrar progresivo. Sólo por la acción recíproca de ambos se puede llegar á aquella subsistente proporción que el progreso ordenado requiere. Ni Nerón, ni Diocleciano, ni sus imitadores faltaron en manera alguna á la tolerancia enseñada por SPENCER.

Otra teoría de religión escéptico-abstracta, semejante á ésta, hallamos en el investigador del lenguaje, GUILLERMO BLEEK. En el prólogo de su obra acerca del origen del lenguaje, dice que el culto divino fué primeramente en la historia de los pueblos el culto á los antepasados; en el segundo período el respeto á los antepasados se convirtió en culto á la naturaleza; y, finalmente, de aquí nació la religión como culto de Dios; pero esto es puro panteísmo. BLEEK exige una confesión modesta y piadosa de nuestra absoluta ignorancia, y afirma que en esta respetuosa modestia está toda la esencia de la verdadera religión.

Aun el mismo DARWIN parece prendido por esta religiosidad de SPENCER. Es cierto que este gran investigador se previno del modo más categórico contra la irreligiosidad; que en sus primeros escritos habla algunas veces de Dios, que ha impuesto leyes á la materia y en el principio infundió vida á algunas pocas formas. Pero como, según su propia confesión, el plan de la creación y "la unidad de fin", son para él frases vacías de sentido, el investigador de la naturaleza no puede, según eso, creer en un acto creador originado de Dios, ni reconocer por investigadores á aquellos que admiten la creación de algunas formas originarias, pues tener este resto de fé en la creación, es dar pruebas de ignorancia¹. Por lo que toca á la vida futura, sostiene (en carta del 5 de Julio de 1879) que cada uno puede tomar por sí mismo el partido que mejor le parezca "entre las varias cosas indeterminadas y verosímiles contradictorias entre sí.". En 1881 propone á algunos naturalistas, que se daban á sí mismos el nombre de ateos, que se llamaran más bien agnósticos, pues esta palabra expresaba con más exactitud la verdad de las cosas².

722. En una posición especial se coloca MAXIMILIANO MÜLLER, gran investigador del lenguaje, el cual combate á D. F. STRAUSS por haber éste formulado en su "antigua y nueva fé, la siguiente pregunta: ¿Tenemos todavía religión? "A esta pregunta—dice—no se puede responder como no sea mostrando la estadística, según la cual apenas hay un hombre entre 100.000³ que asegure no tener

¹ *Entstehung der Arten*, págs. 562 y siguientes.

² *Simmen aus Maria Laach*, B. D. 24, pág. 111.

³ *Vorlesungen üb. Urspr. der Relig.*, 1881, pág. 2.

religión ninguna. Según él la religión no es cosa acabada, sino algo que se desarrolla históricamente y que nunca cesa de desarrollarse. Considera él á la religión como una disposición ó inclinación espiritual que dispone al hombre á comprender lo infinito entre los diferentes nombres y formas que se mudan, una disposición que, no sólo no es independiente de los sentidos y de la razón, sino que por su naturaleza está en abierta contradicción con la razón y los sentidos. "Con sólo tener oídos para oír, descubriremos muy pronto en todas las religiones un tono fundamental del alma, que se manifiesta en el impulso que siente á comprender lo incomprendible, á nombrar lo que no puede ser nombrado; á este impulso le llamamos deseo de conocer lo absoluto, aspiración á lo infinito, ó amor á Dios. La religión consiste en una "nonada", en una "potencial energía, para comprender lo infinito. La religión tiende á crear objetos que ni pueden ser percibidos con los sentidos, ni comprendidos con la razón. Por lo cual, para explicar "la comprensión de lo infinito", la "fé religiosa", es preciso admitir una tercera y especial función de nuestra conciencia.

¿En qué grupo debemos, pues, colocar á MAXIMILIANO MÜLLER?

¿En el de los ateos, en el de los panteístas, ó en el de los deístas? Propiamente en los tres y en ninguno.

¿Quién podrá negar que muchas de sus deducciones falsas, vagas, indeterminadas, pueden interpretarse en un sentido verdadero y recto? El objeto de la religión de MÜLLER, lo infinito, es una fantasía de los pueblos, que toma diferentes rasgos y formas. Bajo este nombre comprende él "todos los objetos de la fé, los cuales exceden á el dominio de los sentidos y pasan de los límites de la demostración sensible y comprensible. Aquí debía designarse como cosa aparte toda seguridad de la existencia de un Dios. MÜLLER está de lleno en el fondo del sensualismo: nuestro conocimiento comprensible no nos puede conducir íntimamente más allá de donde pueden conducirnos los medios de demostración sensible. "El órgano de nuestro conocimiento es el mismo en todas partes, si bien en los animales que tienen cinco sentidos, está más desarrollado que en los que no tienen más que uno, y más todavía en el hombre...

El único don que nosotros deseamos, es la demostración sensible; la única revelación, su histórico desarrollo. Sin embargo arroja el guante á los positivistas. "La llamada filosofía positiva sostiene que todas las cosas que nos ofrecen los sentidos son, y deben ser, por su naturaleza, limitadas y finitas, y que, por consiguiente, todo lo que parece exceder de estos límites es mera ilusión y que la palabra infinito es un aborto monstruoso. Pero según Müller, el germen ó la nonada de esta idea está contenido en la pri-

mera impresión sensible. Sostiene el siguiente hecho: que el hombre, mientras lo conocemos, está encadenado por los sentidos y el entendimiento, y cree algo que demanda poderosamente una explicación que exceda los límites de los sentidos y del entendimiento. ¿Mas cómo da esta explicación? El hombre prehistórico emplea sus sentidos y ve que no puede alcanzar el fin de la demostración. ¡En este crítico momento siente la huella de lo infinito! Esta huella se puede comprobar sensiblemente; es lo infinito, que más tarde se manifiesta de mil maneras. En el primer estudio hallamos al hombre dedicado solamente *in confuso*, esto es, sin ver claramente si hay un Dios ó si son muchos los dioses, ó si está contenido en una sola divinidad. A este primer estudio de la religión le llama MÜLLER henoteísmo, el cual se diferenció más tarde en politeísmo, monoteísmo, panteísmo y ateísmo.

Nos hemos permitido hacer esta observación, porque el nombre de MÜLLER está rodeado de cierta aureola; y para mostrar que, á pesar de su oposición á la filosofía positivista, le colocamos con razón entre los filósofos empíricos. Y si no, ¿qué habíamos de decir de él? Esto es lo que sucede á la razón cuando va por caminos vedados. MÜLLER es una variación desdichada del tema HERBERTO SPENCER.

***. Apartémonos ya de SPENCER en otra dirección, seguida por J. STUART MILL en su conocido ensayo.

Es claro que MILL sólo ve en la religión un hecho sensible. Antes no acostumbraba este sabio á dedicar especial atención á este hecho, y dejaba que la religión fuera religión. "El inexorable empírico,—nota F. A. LANGE—el representante de la filosofía utilitaria, el hombre que en varias obras anteriores parecía ver solamente el principio de la razón, hace aquí la siguiente confesión: que la vida estrecha y necesitada del hombre exige con urgencia elevarse á la alta esperanza de nuestro destino, y que parece entregar sabiamente á la fantasía la ficción de estas esperanzas, en cuanto no se pone en contradicción con hechos manifiestos."

"Partiendo de la gran utilidad de la religión, dice MILL (en el segundo de los tres ensayos), se han malgastado las fuerzas en este siglo de la manera más lastimosa é indigna en presentar un tejido de metafísica, esto es, de verdades suprasensibles en provecho de la religión. Por lo menos esto era deísmo. En primer lugar, se debía haber fijado con claridad en qué consiste el provecho de la religión, así respecto del bien común como del particular. Si en el espíritu de la filosofía empírica se considera á la religión como separada de la verdad, del conocimiento y de la ciencia, no se puede menos de dar la razón á MILL cuando afirma que procura resolver de antemano la cuestión de la utilidad de la religión, y

que después se dirige á investigar cuál es el objeto correspondiente al sentimiento religioso.

¿Como investiga MILL la utilidad verdadera de la religión?

Considerando la utilidad social, es sin duda alguna de importancia que sea implantado autoritariamente por la educación cierto sistema de justicia, veracidad y beneficencia, y que sea elevado por la opinión á la soberanía. Pero, añade este autor, ¿debe atribuirse este efecto absolutamente á la religión? Sirva de ejemplo Grecia, donde por motivos exclusivamente mundanos se impusieron preceptos de moral natural.

Una prueba clara del poco valor de las motivos religiosos para inducir á obrar, es que, al acercarse la muerte, los hombres, aun los que se ven agobiados de deudas, no se inquietan á la vista de lo porvenir, ni se creen, ni aun por un momento, amenazados del verdadero peligro de ser reos de eterno castigo. También sabe MILL que no era la fuerza de la religión la que daba fortaleza á los mártires para padecer y morir, sino un estado de éxtasis, que sólo las grandes causas tienen el privilegio de producir. Sobre este punto no perdemos ni una sola palabra; no son, por otra parte, los únicos casos en que el "inexorable empírico, trunca arbitrariamente órdenes enteros de hechos.

En los anteriores estadios del desarrollo humano—dice MILL—era provechosa la religión, porque favorecía la introducción de la sana moral en grande escala. Ahora, aun atendiendo á esta consideración, es superflua.

Si, en segundo lugar, consideramos la utilidad de la religión respecto al individuo, no se podrá desconocer esta utilidad, según el punto de vista de MILL. Mas ¿cuál es esta utilidad? En los ánimos poco cultos, calma el impulso de la personificación (á la cual debe también su origen), y en los ánimos ilustrados satisface la curiosidad. Tal como MILL representa las cosas, la reducida esfera de nuestra experiencia externa es una escarpada isla en medio de un mar sin orillas—de un espacio y de un tiempo infinito—que por sus tinieblas y extensión llena de respeto nuestro ánimo y excita nuestra imaginación. Sólo con la imaginación podemos penetrar en estas regiones; al entrar en ellas empezamos á poetizar. Y tan pronto como nace en nosotros el anhelo de que nuestras fantasías correspondan en otro mundo á la realidad, tenemos la religión. En otra vida espera cada uno alcanzar el bien que acá en la tierra no puede poseer. Es, pues, indiscutible el valor de la religión considerada como fuente de alegría y de sentimientos elevados. Esta sería, por consiguiente, la utilidad de la religión, utilidad que según el "gran empírico, puede hacerse constar, y por la cual no se debe renunciar á ella.

Ahora veamos de hallar un objeto conveniente á la religión. MILL sostiene que *la idealización de nuestra vida terrenal*, con todo lo que de aquí se deduce, llena todas las condiciones que deben ponerse en la verdadera religión.

Por consiguiente, mientras el teórico SPENCER recomienda la obscuridad de los fenómenos del mundo como el verdadero objeto de la satisfacción religiosa, la mirada investigadora del práctico MILL se fija en el claro dominio de los fenómenos externos para poner allí la mas excelsa creación de la imaginación como alimento para la religión: la *humanidad*.

Es, según MILL, la religión de la humanidad una verdadera religión, si bien no se remonta sobre los límites del mundo; pues la verdadera esencia de la religión no es otra cosa que *la dirección concentrada y constante de nuestros sentimientos y deseos hacia un objeto ideal, considerado como la suma perfección, y elevado sobre todo fin egoísta*. Ahora bien, si en los siglos de Roma el concepto de ciudad prestaba el mismo contenido moral y el mismo entusiasmo que el que inspiraba á los judíos su Jehová, ¿no inspirará aún más elevados sentimientos el amor á la humanidad? ¿No debe ser en todo caso una religión de la cual broten las buenas obras, la idea de que SÓCRATES, ú HOWARD, ó WASHINGTON, ó ANTONINO habrían simpatizado con nosotros?

Esta forma de religión (esto es, el sentimiento de la mancomunidad de todos los hombres y un profundo sentimiento del bien común) sería, según MILL, mucho mas perfecta que cualquiera otra forma de religión sobrenatural. La cual no es egoísta, pues no espera recompensa alguna en el cielo; ni rígida, pues no necesita fundarse en el Dios del cristianismo, como Criador del mundo, que ya ha sido claramente depuesto por la moderna ciencia, y á quien MILL imputa la más violenta oposición y contradicción contra la moral.

Asimismo se debe negar todo valor, según MILL, á la creencia en la inmortalidad, creencia que parece profesan las religiones suprasensibles antes que la religión de la humanidad, "pues es soportable y aun consolador pensar que no vamos á estar encadenados á una existencia por toda la eternidad."

Más notable aún es que el "inexorable empírico," no esté seguro de si la religión de la humanidad satisface ó no todas las necesidades religiosas. En las ideas suprasensibles relativas á Dios, á la inmortalidad, ve este autor incentivos, estímulos, medios de educación, que le parecen muy necesarios; porque si la vida careciera de ellos, no tendría especial importancia, aunque se la considerara bajo el aspecto más favorable. Así como TYNDALL y SPENCER dejan traslucir en sus enredados conceptos cierta manera de

panteísmo, así MILL tiene en pos de sí al maniqueísmo. Lo que ha parecido muy mal á nuestros sabios modernos, es que MILL haga pasar al Dios de los cristianos; bien es verdad que sólo en la confusión maniquea se muestra luchando con un principio malo. Y, sin embargo, de buen grado se lo perdonarían, pues este Dios suprasensible no viene á sustituir, sino á ayudar á la religión de la humanidad. El supernaturalismo maniqueo, dice, es demasiado obscuro é inseguro para poder sustituir de un modo duradero á la "religión de la humanidad," pero ambos pueden llegar á unirse, y aquel "á quien la religión de la humanidad no satisfaga, puede admitir la idea agradable y consoladora de que acaso sea verdad en la manera posible, aunque no le parezca que el maniqueísmo tiene en su favor prueba ninguna. Para los que necesitan de la fe dogmática hay un vasto campo separado de esta misma fe en los dominios de la imaginación, el cual puede ser sembrado de posibilidades é hipótesis imposibles de destruir, y cuando algo hay en favor suyo en los fenómenos de la naturaleza, la consideración de estas posibilidades es una flaqueza lícita que en unión de otras influencias puede alimentar y fomentar en cierto modo hacia el bien la dirección de los sentimientos y deseos."

En los otros ensayos se inclina todavía más al maniqueísmo "el inflexible empírico."

En el ensayo "sobre la naturaleza," intenta probar que la naturaleza es mala por la consideración del mal en la misma naturaleza; es pues, imposible que haya un Ser omnipotente que cuide del bien de las criaturas.

En el ensayo "sobre el teísmo," último que escribió, quiere presentar como esencial la existencia de un Dios, pero de un Dios de poder limitado, que está luchando con la naturaleza demoníaca, por lo cual el hombre debe ayudar á Dios, que no puede por sí sólo dominar la naturaleza, para mayor bien del mundo.

Como es fácil de comprender, era para la filosofía empírica de nuestros días no leve humillación ver que su principal representante, el célebre MILL, viniera, al fin de una vida tan rica en investigaciones, á refugiarse en los absurdos del maniqueísmo. No era, pues, de esperar que fueran en este punto muy numerosos los secuaces de este autor.

Por el contrario, con la "religión de la humanidad," ha pronunciado una palabra muy del gusto moderno: en los más extensos círculos se trata de considerar como religión los esfuerzos de la humanidad, ó por lo menos de sustituir con ellos á la religión. En este sentido son hombres exteriormente religiosos la mayor parte de los demócratas socialistas de nuestros días. "La sociedad

humana cultivada, dice DIETZGEN ¹, es el sumo bien en que creemos; en su formación democrático-social descansa nuestra esperanza, y ella formará el amor á la verdad por la cual sólo han disparatado hasta ahora las fantasías religiosas.

AUGUSTO COMTE, el porta-estandarte francés y el principal y más propiamente iniciador de esta tendencia, que trata de unir una razón matemática que conduce al frío ateísmo con el entusiasta idealismo religioso social, había ya intentado hacer del llamado servicio de la humanidad un culto religioso completo. Habla de oración (esto es, "adoración del mejor tipo que se encuentra para personificar la humanidad"), de oración de la mañana y de la tarde ("lectura de los lugares más bellos de nuestros poetas"), de ángeles custodios ("la mujer como madre, doncella, hija"), de nuevos sacramentos sociales, de fiestas y sermones, etc. El género humano en general, que contiene todos los pueblos y linajes, es "la suma esencia"; la tierra, de donde nació la humanidad, "el gran fetiche", es para él la tercera divinidad, y el espacio, "el gran medio".

Más sobrios son nuestros realistas alemanes, pues dejan á un lado todas las formas religiosas, contentándose su "religiosidad", con gozar de la vida, hablar con términos pomposos en sus banquetes de la glorificación de los fines de la vida, y procurar con su mucho estrépito desvirtuar la obra del Cristianismo. Pero tampoco es cosa rara que salga á relucir "el sentimiento religioso", en la prosa de estos positivistas. Citemos al Dr. LÖWENTHAL ², el cual intentó organizar una sociedad religiosa, que, por una parte, hacía objeto de culto al pensamiento y á la ciencia, y por otra se fundaba en la solicitud por la dignidad humana y el amor á los hombres; al Dr. EDUARDO REICH, que, en un escrito especial, expuso el plan de una Iglesia de la humanidad. Éste da especial importancia á las exigencias del ánimo, y quiere que estas exigencias sean satisfechas con cánticos alegres y solemnes procesiones; los tambores, trompetas y timbales deben unirse con el sonido de los órganos y el repique de las campanas, para dar mayor impulso al sentimiento religioso del hombre devoto.

Detengámonos en el pensamiento que constituye la parte esencial de estos sistemas, la cual consiste en que en todas estas rebuscadas teorías de religión, el hombre se pone en el lugar de Dios para tributar culto religioso á la humanidad. Es muy fácil

¹ La religión de la democracia social, Leipzig, 1872.

² Con F. A. LANGER, *Gesch. d. Mat.*, II, 3, 506.

llegar á dar al hombre semejante culto, cuando, impulsado por el natural deseo religioso, se fija solamente en la experiencia de los sentidos, la cual absolutamente nada suprasensible nos muestra; pero en el campo de los sentidos nos dice que el hombre es el ser más excelente. De aquí que espíritus ardientes, abstraídos de la realidad, que han meditado en tranquilo apartamiento, hayan visto, bajo formas ideales, la excelencia y poder de la esencia humana, y se hayan sentido poseídos de respeto y admiración á la humanidad. El hombre que, efectivamente, es el ser mas alto en el plan de este mundo sensible, se muestra á sus ojos como iluminado con luces y resplandores teatrales.

Peró, entre tanto, no advierten estos sabios que la realidad del mundo, que debe dar el necesario apoyo á todos sus sistemas, se hunde por completo bajo sus plantas, y que están en la región de los sueños; quisieron ellos concebir el objeto de su adoración como razón abstracta, con los autores de la gran revolución, ó darle, con COMTE, á la misma una forma concreta. Duro es el choque, observa LOTZE, cuando con este santo respeto en presencia de la humanidad se encuentran los individuos de la misma humanidad. Bien vemos en todas partes aquella rica disposición comunicada al hombre para que cumpla una elevada misión, pero que no raras veces va unida con la desdicha, y frecuentemente no se emplea en el fiel cumplimiento de su objeto. Verdaderamente el hombre del empirismo, que es el hombre que el mundo de los sentidos nos muestra, mas bien mueve á compasión y desprecio, propio de SCHOPENHAUER, que no á religioso respeto. Refiere de SOLOV un historiador que en cierta ocasión subió aquel sabio á un punto elevado de la ciudad desde donde se divisaban las casas, el confuso movimiento del mercado y la agitada vida de las calles. Considerando estas cosas, quedó abstraído en graves pensamientos, y exclamó al pensar en la realidad oculta bajo aquel velo: "¡O, cuánta desdicha, cuánta intranquilidad, cuanto desorden, cuantas penas, angustias y desdichas se ocultan en esos hombres y en esas casas!".

Si el empirismo fuera consecuente con su manera de apreciar las cosas, verdaderamente la única religión posible de los hombres sería á sus ojos la *deificación de sí mismos*. Pero si el hombre se considera á sí mismo verá, como no esté tocado de locura, que todos los homenajes religiosos caen por su base ante esta "divinidad".

724. La tercera tendencia del empirismo es "el servicio de la humanidad", y, por consiguiente, su religiosidad es cosa pobre y prosaica, como que solo tiene por objeto el bienestar corporal del conjunto de los hombres acá en la tierra. ¡El altruismo en el lugar

de la religión! Como representante de esta religiosidad podemos citar á ERNESTO LAAS¹.

LAAS, como todos los empíricos, niega el conocimiento supra-sensible; considera á toda realidad que pueda percibirse, como un mero fenómeno; presente la existencia de una mónada supra-sensible que esté sobre la correlación del sujeto y del objeto, y que lo sea todo. En la religión ve una fuente de bellas ideas y de nobles motivos, por medio de los cuales á los impulsos y actos morales se les cumple la justa medida de esperanzas, alegrías, sentimientos nobles.

LAAS considera á la religión como un nombre que indica una relación con Dios, en manera alguna necesaria, si bien muchas veces muy conveniente. "No negamos—dice—que el representarse á Dios como principio presente en todas partes, como Criador omnipotente de todas las cosas sensibles y especialmente de nosotros mismos, como ideal de toda perfección moral y ordenador de todo cuanto en el mundo sucede, que dirige todas las cosas á un fin bueno, y cuida paternalmente de nosotros, y que por otra parte nos castiga si violamos sus mandamientos; que el temor y amor á Dios, el sentimiento de comunicación con Dios y de que somos sus hijos, etc.; que la esperanza de la existencia no ha de tener fin personal; que todas estas cosas han contribuido mucho y contribuirán todavía durante mucho tiempo á purificar y ennoblecer los actos del hombre y á su educación y mejoramiento.... En suma, de ningún modo negamos el provecho para su cultura y enseñanza que la religiosidad ha producido y probablemente producirá á los hombres. Lo que negamos es la posibilidad de hacer accesibles estos sentimientos á todos los hombres; es el deber que todos tienen de sentirlos; es la posibilidad de demostrar la verdad de los principios que les sirven de fundamento; es la supuesta imposibilidad de quitarlos ó sustituirlos en la sociedad". Aunque LAAS, para ilustrar el aprecio que hace de la religiosidad, se refiere al mayor político de nuestros días y cita estupidas manifestaciones de piedad, que este hombre de estado hubo de hacer en 1870, según refiere un tal Mr. Busch, no podemos comprobar la exactitud de estos ejemplos especiales; pero á propósito de estas citas recordaremos que el aprecio de LAAS á la religión consiste en mirar por la salud del Estado y de la sociedad humana.

¡Cuán pobre é indigno concepto de la religión es ese! Con ideas sin fundamento y con varios sueños debe purificarse y ennoblecerse el concepto moral y educarse y mejorarse al hombre según él.

Dice LAAS: "La verdadera piedad es capaz de producir actos de sacrificio, de misericordia y de amor como el del samaritano, á los cuales sólo raras veces, y no acercándose nunca al espíritu y á la constancia del celo, se encuentra impulsado el solo sentimiento del deber.. LAAS afirma que este sentimiento del deber carece de objeto; que es mentira y engaño. Debiera haber considerado que la religiosidad de que habla, sólo puede producir aquellos frutos en cuanto que el hombre religioso está convencido de las ideas que sirven de fundamento á la verdad objetiva de semejante religiosidad. Tan pronto como el hombre duda de la verdad y certeza de este conocimiento, por el cual se le comunica la verdad religiosa, la religiosidad pierde toda su eficacia. ¿Cómo puede esperarse de un hombre inteligente, que por imaginarias suposiciones se deje conducir de las ideas religiosas á la vida real? Por consiguiente esas ideas que tan hermosos y magníficos frutos producen son, según LAAS, ¡delirios y fantasías! Verdaderamente se necesita no ser cristiano para no rechazar con indignación una doctrina que tanto degrada al hombre. Aun ROBESPIERRE en medio de los horrores de la revolución francesa podía elevar el ánimo y decir respecto de las verdades fundamentales de la religión: "Cuanto más ánimo y corazón posee el hombre, tanto más le agradan los pensamientos que ennoblecen su ser y elevan su corazón.... ¿Porqué no han de ser verdad estos pensamientos y doctrinas? Yo por lo menos no concibo cómo la naturaleza haya podido inspirar al hombre fantasías que sean más provechosas que la misma realidad.."

Es de notar que LAAS no dice que esa religión fantástica produzca necesariamente aquellos buenos frutos. Sólo habla de frutos intermitentes y provisionales, convencido como está de que la vida y actividad humana se verá privada con el tiempo de aquellas agradables ficciones y bellas fantasías. Pero también sabe hablar muy mal de esta religión: dice que ha sido perjudicial y ruinosa á la ilustración de la humanidad, y á toda cultura moral; cree cosa justa atribuir, sin más examen, á la religión todas las bajezas que, abusando de ella, han cometido los hombres en el curso de la historia. Por lo cual afirma que el hombre debe atenerse á la realidad, á lo actual, á lo terreno y humano, dejándose de ilusiones y de fantasías religiosas, opuestas entre sí. Aquí se prescinde de todas las necesidades, sentimientos y aspiraciones justas del hombre, como fundamentos de un concepto más elevado de la vida; en las exigencias de las cosas que nos rodean, está el origen de todos nuestros deberes y derechos. Todas las bellezas morales son, dice él, testimonios y experiencias de la vida de la sociedad humana. Las personas cultas preferirán renunciar ter-

¹ *Ética idealista y positivista*. Berlin, 1882.

² *Obr. cit.*, pág. 96.

minantemente á todo lo ulterior y desconocido, para comprender mejor "la eternidad, terrena, esto es, la multitud de hombres considerada en su duración actual, para medir todo su valor según su capacidad objetiva y visible, de procurar placeres, y ponerse al servicio de los intereses generales de la humanidad. Aludiendo de un modo blasfemo á la doctrina fundamental del Cristianismo, llama este autor al Hombre-Dios "hombre humanizado.. Dice que "la Ciudad de Dios, de SAN AGUSTÍN, el reino de Dios sobre la tierra, no consiste sino en aquellas circunstancias que procuran á la humanidad mayor número de comodidades y de placeres sensibles acá en la tierra; y añade: "Todos aquellos que no piden que venga á nos este reino, en la medida de sus fuerzas, no deberían ser considerados como cristianos prácticos y miembros de la Iglesia invisible.",¹

LAAS tiene en cuenta á la "idealidad, en este concepto de la vida y de la religión. No puede negarse que la consagración de algunos al bien de los demás, trae á la memoria cierta idealidad muy conocida de los cristianos; pero debe notarse que este bien general se refiere, en el caso más favorable, á procurarles el bienestar del cuerpo, para probar que LAAS nos presenta el extremo contrario de la idealidad. El mismo confiesa que "la vida individual es demasiado pobre, perecedera y llena de necesidades para que pueda recibir compensación el hacer el sacrificio de manjares, vestidos y placeres.. Pero debe ser ideal cuando el hombre, con más amplios horizontes, pone el fin de su vida en procurar sustento, vestidos y deleites para todos sus semejantes.

Acerca del valor de esta Ética en otro lugar hemos hablado ya. El de esta religión á la vista está. LAAS considera en su fórmula de la religión empírica de la humanidad "la fe immanente y al mismo tiempo socialística, simpática, por decirlo así,; pero en la realidad es la negación completa de toda religión. "Es no entender la esencia de la religión—dice muy expresivamente Mr. HEMAN—querer arrancarle las raíces que tiene en lo transcendental, pues sólo puede elevar el espíritu y el corazón del hombre lo que está sobre él; por esta razón siempre será para los hombres superior á la humanidad el objeto de la religión.. Y basta ya de filantropía empírica. Esta filosofía no considera á la religión como una verdad que eleva al hombre sobre el mundo sensible y que se funda en un conocimiento cierto, sino simplemente como un sentimiento innato, ó más bien adquirido con la costumbre, que nos

¹ I. a. W., pág. 239.

eleva sobre las cosas de la vida ordinaria, como una sensiblería sin fundamento, como una debilidad licita, y en cierto sentido provechosa, que busca ser satisfecha de alguna manera.

§ II.

Religión del criticismo.

125. Del empirismo, que es el terreno propio de la cultura moderna, volvamos la vista al idealismo crítico, engendro el más miserable que ha producido el moderno pensamiento. Nadie ignora que este sistema devora con su crítica destructora toda la realidad que existe fuera de nosotros, y hace consistir el mundo con todo lo que hay en él, en meras imágenes del espíritu, ó en simples afectos de nuestro organismo. Por una parte nos imaginamos al mundo exterior como cosa aparente, y por otra como cosa ideal: en el primer concepto, es objeto de la ciencia, y en el segundo, objeto del arte y de la religión. Siguese de aquí, que acerca de este sistema hemos de decir lo mismo que hemos dicho del realismo, pues la diferencia entre uno y otro sistema no se percibe bien. Los modernos realistas se atienden ante todo á las cualidades efectivas de la naturaleza humana, y ponen como objeto de la religión el escepticismo ó la humanidad. Los idealistas, por el contrario, se fijan más en el carácter ideal de la religión; el objeto de la religión es según ellos pura fantasía. Pero así para los unos como para los otros, el único objeto de la religión es satisfacer una necesidad del sentimiento.

Los idealistas imitan asimismo á los positivistas en el entusiasmo con que se entregan al culto de la humanidad; pero con la particularidad de que para ellos nada tiene que ver este culto con la religión. "Semejante culto de la humanidad—dice F. A. LANGE (sin duda el más célebre escritor de esta escuela)—se ha trazado ya su camino, pero por fortuna no contiene germen alguno de la esencia de la Iglesia. La firmeza de las ideas de los hombres grandes, el establecimiento de importantes lugares de cultura, las grandes asambleas nacionales é internacionales, cuyo fin es fomentar las artes, son comienzos de una época mucho más saludable para la humanidad que las caprichosas reuniones del santoral en el calendario de COMTE, etc. Aquellas nuevas instituciones son por completo diferentes de todo lo que se tenía por religión. A los grandes hombres no los miramos como demonios en cuyo poder nos vemos, sino como magníficas flores y frutos que nacen de un tallo en el cual también nosotros vivimos., Mas no por esto es la

religión cosa enteramente superflua, antes por el contrario, se equipara al culto de la humanidad, como un entusiasmo tan noble y justo como este mismo culto. "El verdadero idealismo siempre pondrá al lado del mundo visible un mundo ideal, y á éste, aunque sólo sea un juego de la fantasía, le concederá todos aquellos derechos que se siguen de sus relaciones con las necesidades de nuestra vida espiritual., No sin entusiasmo habla LANGE de la necesidad de dar satisfacción á los sentimientos religiosos, cuya más completa realización ve en las poesías filosóficas de SCHILLER. La esencia de la religiosidad consiste, según él, en "la elevación del ánimo sobre la realidad, y en la creación de una patria del espíritu.,¹ El fundamento de esta aspiración ideal, así como del conocimiento que tenemos de ella, debe consistir exclusivamente en nuestra organización subjetiva. En cierto sentido las ideas de religión son impercederas, pues son encantadoras. "¿Quién rechazará una Misa de Palestrina, ó acusará de error á las Madonas de Rafael? Aquellas imágenes de la muerte y de la resurrección, que expresan lo más sublime que puede commover el corazón humano, que la prosa es incapaz de expresar con sus frías palabras; aquellas doctrinas que nos mandan partir el pan con el hambriento y anunciar á los pobres la buena nueva, nunca desaparecerán del todo para dejar el puesto á una sociedad que ha alcanzado su fin, cuando, gracias á su talento, logra tener mejor policía, y gracias á su ingenio logra satisfacer cada día nuevas necesidades por medio de nuevas invenciones.,²

Antes de LANGE habían escrito lo mismo otros autores, entre ellos J. FEDERICO FRIES. Pero LANGE hizo nuevos secuaces de este idealismo, que procede del escepticismo y conduce á él. Aquí sólo haremos mención del ya conocido profesor politécnico FEDERICO SCHULTZE.

"El criticismo—según el profesor SCHULTZE—es en todas partes espada de dos filos; en el mismo grado le pertenecen los razonamientos favorables que los contrarios al ateísmo. Pues como las cosas no pueden ser conocidas en su esencia, el hombre no conoce ó acepta ningún dogma positivo ó negativo, en cuanto verdad absoluta ó conocimiento demostrado.,³ Pero, aunque según afirma terminantemente SCHULTZE, no puede ser demostrada la verdad de ninguna doctrina relativa á la existencia y naturaleza de Dios, sin embargo, sabemos que la idea de Dios se funda en una necesidad subjetiva, esto es, en una fe no meramente individual, sino común

¹ *Gesch. d. M.*, II, pág. 547.

² *Gesch. d. M.*, II, pág. 561.

³ *Filosofía de la ciencia de la naturaleza*, II, pág. 394.

á todos los hombres, en una tendencia fisiológica de nuestro organismo. Más todavía: no es en este sentido más difícil sustituir la religión que sustituir la ciencia. "Respecto de la ciencia—sostiene SCHULTZE—sucede en este punto exactamente lo mismo que respecto de la religión, pues también la ciencia se funda, en último término, no en un conocimiento absoluto, sino en una fe común y necesaria al hombre; se funda especialmente en el principio fundamental de causalidad, en que todo debe tener su causa. Creo que esta proposición no puede ser demostrada ni por inducción, ni por deducción; y, sin embargo, es absolutamente indubitante para nosotros, como consecuencia de nuestra organización psicofísica. El axioma fundamental de la causalidad es, pues, una fe, no en el sentido que á esta palabra da HUME, fe nacida de la costumbre y relativamente percedera, sino una fe constantemente necesaria para nosotros, como que constituye la organización fundamental de toda nuestra vida del espíritu... En la misma piedra fundamental descansan la ciencia y la religión; del mismo impulso de causalidad que existe en nosotros proceden así la religión como la ciencia.,

Asimismo hallamos en SCHULTZE conformidad con el panteísmo, no con el panteísmo objetivo de ESPINOSA, sino con el que tiene tinte ideal y subjetivo. "En el mundo sensible, que comprende toda la naturaleza que se manifiesta al hombre, se revela el principio divino., La investigación de la naturaleza es la investigación de la divinidad; "en todas partes surge la revelación de lo divino., Por lo cual de ninguna manera es limitado el número de profetas: en cada uno de aquellos investigadores é inventores que dilatan los dominios del pensamiento y de las obras de los hombres, esto es, que hacen que llegue alguna nueva parte del Ser divino al conocimiento humano, honra la religión crítica á un profeta de Dios.,¹

Esta idea de Dios que, según la doctrina del criticismo, surge necesariamente en el espíritu de todos los hombres como una alucinación, se asemeja, empero, á una superficie ilimitada, á un vaso vacío. Ahora, "en todo hombre nace necesariamente de su fantasía la idea de Dios juntamente con el conjunto de representaciones correspondiente á la materia de su desarrollo; y de aquí que surjan necesariamente infinitas formas de religión ó religiones, todas las cuales son psicológicamente necesarias, y, por tanto, relativamente justas y verdaderas (para cada individuo en particular), sin que ninguna sea la verdad absoluta.,

Siguese de aquí la necesidad y la explicación de todas las reli-

¹ *I. a. W.* pág. 405.

giones, aun de las más absurdas, obscenas y contradictorias. El hombre que permanece en las alturas del criticismo, ha de poder serlo todo y participar de todo sin excepción. "El que en presencia de una estatua de Afrodita no sea heleno, ó ante una imagen de la Madre de Dios no sea católico de la Edad Media, ó no se sienta protestante á vista de una imagen de Kaulbach, ó no pueda hacerse panteísta cuando contempla la naturaleza, ese no entiende nada de esas cosas. Es enteramente imposible para un hombre ilustrado con conocimientos universales profesar exclusivamente de un modo dogmático ningún sistema religioso: sólo es esto posible á quien tiene una ilustración parcial y limitada."¹ "Toda religión es relativamente verdadera, pero toda religión se torna falsa en el momento en que se la considera como la única verdadera y legítima, (pág. 140).

Al escribir el profesor SCHULTZE estas palabras, dió un paso en falso, y vino á tierra con todo su sistema; porque todo el que denuncia como falsa á una religión determinada, distingue necesariamente lo falso de lo verdadero, y quien hace semejante distinción reconoce que en el orden objetivo transcendental hay algún sistema de cosas con el cual se conforma ó no se conforma el conjunto subjetivo inmanente de las representaciones humanas. Lo cual nos da ocasión para decir á FEDERICO SCHULTZE, y en general á todos los críticos: ó tienes por verdaderas ó por falsas las opiniones contrarias á las doctrinas que expones en tu libro: si las consideras verdaderas, ¿por qué has gastado tanto papel y tinta? Si las tienes por falsas, ¿cómo te atreves á negar que fuera de los actos subjetivos hay notable diferencia objetiva entre lo verdadero y lo falso? Sobre la ley de causalidad y su aplicación en las pruebas acerca de Dios, ya hemos hablado en otro lugar (núms. 18 y 657 y siguientes)². Esto podríamos decir al señor SCHULTZE si tuviera deseos de levantarse después de su caída; pero si no sintiera este deseo y quisiera permanecer en tal estado, permitámos que consideremos sus escritos de la misma manera como él considera á la religión y á la ciencia.

Las pruebas aducidas bastan para darnos una idea clara del concepto que tienen de la religión todos los críticos. La religión es una disposición poética del ánimo, pero sin objeto, por lo cual todas las religiones son indiferentes; y sólo aquella sería falsa, que pretendiera la realidad para su "ideal". Con razón nota HEMAN: "Para que una raza de hombres encontrara satisfacción en materia de religión con sólo verdades poéticas, sería preciso que hu-

¹ I. n. W., pág. 409.

² Véase también nuestro escrito: *Insubsistencia de la ciencia moderna*, pág. 77.

biera descendido mucho espiritual y físicamente; una raza sana y normal necesita una religión que ofrezca al ánimo y al entendimiento verdades, no sólo poéticas, sino puras, reales y prácticas. Esta es la muerte del criticismo, que sólo ofrece poesía y palabras vanas allí donde todo el mundo espera verdades positivas. La religión se nos muestra aquí clara y terminantemente como un sueño que, con ser naturalmente necesario, no pasa de ser un sueño; como una idea fija tan legítima como el conocimiento que procede por sí sin tener cuenta con la realidad. Las llamadas falsamente verdades de la religión, y con más propiedad poesías religiosas, pertenecen al mundo ideal de la imaginación, que carece de existencia; de verdad y realidad no hay absolutamente nada en la religión.

726. KANT fué quien puso el fundamento de este sistema; pero se ha de reconocer que KANT, con la gravedad de su razón práctica, está infinitamente más elevado que LANGE con sus juegos de un impulso del sentimiento poético fundado en el organismo humano. Según KANT, el hombre no puede elevarse al conocimiento de lo suprasensible por medio de la razón teórica; las ideas de Dios, de inmortalidad, de libertad, son vanas suposiciones de la razón práctica en provecho del cumplimiento de la ley moral; la religión es una ficción del ánimo cuyo objeto no es sino mostrarnos como mandamientos de Dios nuestros deberes morales. "La religión es el conocimiento de nuestros deberes morales como preceptos de Dios", en lo cual es de notar que, según KANT, nuestros deberes morales no son tales deberes porque se funden en el mandamiento de Dios, sino al contrario, consideramos como mandamiento divino la conciencia directa de nuestros deberes por concesión á la humana flaqueza¹. El mismo KANT confiesa que el conocimiento de las verdades suprasensibles que quiere alcanzar por medio de la razón práctica, debe ser parco é indeterminado. Luego añade que el hombre que ora y que no sólo expresa sus deseos, sino que habla con Dios, es sospechoso de locura, porque gesticula como si estuviera convencido de la presencia de Dios, cuando ni siquiera de su existencia puede estar enteramente cierto². Según su concepto usual la religión es un deber para con Dios, que se sigue del conocimiento cierto. En KANT se ha consumado, pues, la apostasía fundamental. Es consecuencia evidente de esta doctrina que el idealismo posterior á KANT quiera que la religión sea considerada como una alucinación ciertamen-

¹ *La religión dentro de los límites etc.*, V. ROSENKR. X, pág. 483.

² *La religión dentro de los límites de la razón pura*, pág. 239.